

CORAL AGUIRRE

SIN TÍTULO (COMPOSICIÓN CON MONOTONOS) / FOTOGRAFÍA ANALÓGICA



NUESTRA AMÉRICA Y EL GÉNERO

Resulta curioso cómo las luchas y reivindicaciones femeninas tan presentes a comienzos del siglo XX se entrelazan sin escindirse nunca del todo de otras que corresponden al campo de lo ideológico, donde colonizados y colonizadores se enfrentan a nivel de razas y culturas ya no por la conquista territorial sino, por un lado, por reivindicar el acervo, el modo, las costumbres propias de su herencia autóctona y, por el otro, hacer caso omiso del acervo americano para reivindicar de una vez y para siempre la superioridad europea y blanca.

Teniendo en cuenta sobre todo que si tomamos a Argentina como ejemplo, al instaurarse el siglo y frente a la ola inmigratoria, el discurso oficial tiene su asiento en el proyecto mitrista, esto es, un país que debe crecer necesariamente desde y por sus patricios, dejando de lado al “bárbaro”: indios, mestizos, gauchos, migrantes, que sólo detienen y reniegan de los procesos civilizatorios que nos acercarian a Europa.

Asimismo a finales del siglo XIX se plasma el comienzo de la utopía mayor de las mujeres: ser igual en derechos al hombre. Del mismo modo que los pueblos del continente americano intentan sacudirse el yugo de los dictados europeos, las mujeres, no que tal anhelo hubiera pasado inadvertido antes a lo largo de los siglos en el corazón femenino, hacen oír una advocación semejante, en este caso contra ese otro yugo, el de los dictados que provienen del patriarca.

Los nuevos tiempos ponen en cuestión los absolutos pergeñados hasta aquí. Freud en los cuestionamientos sobre la psiquis y el descubrimiento del inconsciente como campo epistemológico, antes Marx con la concepción materialista de la historia y la teoría de la plusvalía, y Nietzsche con su visión vitalista y la muerte de Dios, sacuden el andamiaje de lo que aparentemente estaba sancionado de una vez y para siempre.

Pero todo sigue siendo masculino. La aspiración al voto por parte de las mujeres debe ser asaltada desde otras instancias, la educación, por ejemplo. Cuestión imprescindible para poder elegir. La lucidez de la conciencia concretará la libertad de pensamiento y acción. También América Latina se dejará guiar por tales paradigmas. También Vasconcelos en México al otro día de la Revolución, imagina para su país a la educación como núcleo e impulso de todo hacer libre y soberano. Antes lo habían hecho Fernández de Lizardi, Manuel Altamirano y otros intelectuales durante el siglo XIX.

Sin embargo, aquí, donde los regímenes coloniales primero y autoritarios después se suceden, y donde apenas estamos entrando en las autonomías políticas, hay pocos cambios en este

sentido. Si en Inglaterra en la segunda década del siglo XX Katherine Mansfield se queja amargamente de la supuesta academia donde sus padres la colocaron para que terminara sus estudios y donde en realidad no aprende nada, pudiera decirse francamente que por estos lares las mujeres, en cuestión de formación, están abandonadas a las casualidades y la contingencia. Ser maestra es la única posibilidad a la que se atreven, y serlo en verdad no garantiza ningún estudio sistemático. Se llega a ser maestra por familia, porque los hermanos o las hermanas, o bien la madre o una tía, realizan una labor educadora que nada tiene que ver con un sistema educativo formal.

Ser americano es ya de por sí algo patético. El solo hecho de existir los dos continentes... es un hecho doloroso para la conciencia de los americanos... Yo no sólo soy americano, sino, peor aún, hispanoamericano; y lo que es más grave, mexicano. Y todavía para colmo... nativo de Monterrey... ¿Ha pensado usted, alguna vez, en el trabajo que nos cuesta, a los hispanoamericanos, salir, siquiera, a la superficie de la tierra? (Reyes, “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Revista Sur*, 1936: 125)

En este entorno y con tales circunstancias nacen y se hacen Gabriela Mistral y Victoria Ocampo. Una chilena, la otra argentina. Ambas con la aspiración utópica de ser enteras y autónomas. Sin embargo, a la luz de lo dicho más arriba podemos advertir de inmediato que ninguna de las dos, a pesar de toda su producción, recibió alguna vez la educación formal a la que aspiraron con todas sus fuerzas. Gabriela aprendió las letras a través de su hermana mayor quien lleva título de maestra en el pequeño pueblo de Monte Grande en el Valle de Elqui, porque según parece en la escuelita del caserío la maestra de la misma la echó por tonta o por ladrona. Poco importa. En cuanto a Victoria, si bien es cierto que recibe una formación sofisticada, ésta viene de sus nanas, la inglesa y la francesa, que con muy buena voluntad le enseñan los idiomas, las literaturas de sus respectivos países y algunas nociones generales de lo que según su buen ver, es principal. Las

LO MISMO EN AMÉRICA QUE EN EUROPA CUANDO SE TRATA DE MUJERES.

fórmulas de cortesía, por ejemplo. Caso típico de nuestra educación en la primera parte del siglo XX. Para aquellas que tienen poder adquisitivo, francés y piano, o bien bordado y canto. Lo mismo en América que en Europa cuando se trata de mujeres. Y para el resto, el pobrerío, quizás alcanzar el tercer año de la primaria en el mejor de los casos, y luego los oficios de la servidumbre.

Como se ve fácilmente tanto la rica como la pobre están desprovistas de todo programa pedagógico.

Si en sus años de formación literaria la Mistral se fascina con Vargas Vila y otros autores de la misma laya, Victoria, a causa de sus privilegios, puede recitar a Racine y Corneille de memoria. Ella piensa en francés, confiesa, sin tener en cuenta su propia lengua, tanto como su herencia literaria a la que por mucho tiempo, junto con la lengua española, ignorará abiertamente. Nada de clásicos españoles ni Siglo de Oro para Victoria. Lo mejor de su propia estirpe le será escamoteado. Si Gabriela tardará en proveerse de una cultura clásica, a Victoria le pasará lo mismo. Ambas deberán adquirir ya adultas, las bases culturales que se requieren para entender el mundo y repensarlo. Así la formación de Mistral y Ocampo es reveladora de la cuestión americana. Es su perfecta metáfora.

Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma a otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. (Reyes, "Notas sobre la inteligencia americana", en *Revista Sur*, 1936: 125)

De modo que resulta muy difícil para ambas realizar un proceso de apropiación de sí mismas, íntegro. Se hacen a golpes, mezclando lo bueno y lo torpe, admirando a simuladores y talentos verdaderos, a obras de arte y a producciones equívocas. Ser adultas entre tropezones, avances y retiradas, no las arredra y cada una a su manera

usará su inteligencia y su sensibilidad para alcanzar sus propósitos. ¿Acaso no sucede lo mismo con nuestros intelectuales, creadores, científicos, investigadores de todo orden por los mismos tiempos? ¿Acaso no recibe

Buenos Aires al Conde de Keyserling como al gran intelectual europeo? ¿No reinan allí Paul Groussac y más tarde Roger Caillois, y hasta Drieu de la Rochelle? No es que los desdeñe, lo que espanta es que un Groussac, por ejemplo, fuera dictador de nuestros razonamientos a pesar de la originalidad y el embate de un Macedonio Fernández en las letras o un Xul Solar en la pintura. Pero a los argentinos hechos aquí, ¿quién les iba a dar título de artistas o filósofos de verdad? La sombra de Europa disolvía la certeza de nuestras propias aspiraciones con sus logros y alcances.

Por fin, en la década de los veinte una pléyade de rebeldes reinventa sus herramientas y comienza a legitimar su escritura. No se trata pues sólo de mujeres escritoras intentando hacer escuchar su voz nueva, se trata de hombres y mujeres al realizar la difícilísima tarea de encontrar las estrategias de diferenciación nacional y lingüística. Tarea que por supuesto había comenzado con la Independencia, pero a causa de los conflictos políticos que jalonan el siglo resultaron siempre en procesos truncos o en todo caso sin valor suficiente para ser legitimados. Lo prueba el caso del *Martín Fierro* escrito en 1872 por José Hernández, considerado literatura gracias a escritores como Leopoldo Lugones recién en la segunda década del siglo XX. Por todo ello es ahora cuando se dan alternativas de escrituras diferentes, tan diferentes como las de Victoria y la Mistral; o las de Arlt y Borges; o las de la chilena María Luisa Bombal y la venezolana Teresa de la Parra.

Pero hay más, no sólo se trata de legitimar las propias armas, en el caso de las mujeres se torna aún más duro el ejercicio de pertenencia. Gabriela deviene la gran poeta a costa de ocultamientos y disfraces: inventa un amor imposible con el suicida Romelio Ureta, a quien se le adjudica haber inspirado sus *Sonetos de la muerte* y sólo al cabo de décadas ella confiesa la verdad. En realidad no hubo tal amor, o al menos, tal magnitud de la relación entrambos. En los siguientes poemarios como *Desolación*, o en la publicación de poemas sueltos en periódicos y antologías, lo que queda, lo que se admira y se aplaude es el canto a los niños, las madres, las maestras, elevando

a su autora a una especie de Madre y Maestra de América.

Sylvia Molloy (1996) declara que en la época de los veinte sólo dos formas de emergencia convocaban a la mujer, se era maestra o se era poeta. Y Gabriela logra su legitimidad precisamente en estas vías. Amordazará pues, su índole, su palpitación más íntima y nadie sabrá hasta el siglo XXI y a causa de la publicación de *Niña errante, las cartas a Doris Dana* (2011), sus preferencias sexuales. Preferencias que nunca fueron las que el orden y la ley querían para ella, sino que sufriera de amor heterosexual, de amantes infieles o vaya a saber qué cosa, y en casi 50 años posteriores a su muerte —Gabriela muere en enero de 1957—, no reparó nunca en la urdimbre de sus amores otros, cuando su evidencia es flagrante. La otredad es difícil de digerir en cualquiera de los campos que se ejercite, sobre todo en un continente marcado por ella.

Por su parte, Victoria Ocampo realiza su mejor obra, la concreción de su revista *Sur*, a fuerza de ejercer sus encantos y su seducción y dejando de lado lo que realmente la hubiera colmado: una profesión teatral, primero, y en el plano de la escritura, a lo que apuntó desde sus primeros escritos, el ensayo, que no obstante incluirá una y otra vez en su revista y en la editorial que asimismo le pertenece, donde publicará la suma de volúmenes de sus *Testimonios*. Quizás el modo ensayístico más osado que se conozca en Argentina, en tanto autobiográfico, crónica, ruta de viaje, descripción de paisajes interiores y exteriores, pensamiento, arte y literatura. Otra asignatura pendiente, esta vez no para los escritores sino para los críticos e intelectuales que no supieron reconocerla.

Pero era imposible una legitimación de Victoria. Ella lo percibe cuando frente a su primer ensayo, Paul Groussac, a la sazón líder espiritual de las letras argentinas, le devuelve ese precioso texto *De Francesca a Beatrice*, sugiriéndole que es muy pedante por parte de una muchacha arremeter nada menos que con Dante y que pudiera dedicarse a temas más ligeros.

Años después y frente al mismo ensayo, Ortega y Gasset que la llena de elogios se ocupará en el escrito

LA OTREDAD ES DIFÍCIL DE DIGERIR EN CUALQUIERA DE LOS CAMPOS QUE SE EJERCITE, SOBRE TODO EN UN CONTINENTE MARCADO POR ELLA.



en su honor con que cierra dicha publicación en España, “distraerse” en 80 páginas, en un texto que cuenta con alrededor de 100, sobre la idea de la mujer como inspiradora de la acción de los hombres y no como protagonista ella misma. Tesis que comparte por los mismos tiempos con Heidegger.

Pero sigamos el curso de nuestras comparaciones. También la América Latina hubo de disfrazarse de poesía antes que de ensayo y filosofía, y cuando se trató de narrativa el canon ortodoxo pesaba más que ninguna otra cosa. También en este continente hubieron de ser necesarios los ejercicios de la obediencia y la seducción a la manera de Victoria. Exactamente como ella atendía a los europeos con el miedo de abrir la boca para lanzar una idiotez, o bien en la afasia del asombro. Y del mismo modo que ellas, objetos seductores para el ojo europeo, el trigo de la pampa o el cobre de la montaña o el tanino del quebracho, fueron nuestro mejor pasaporte.

MESTIZA Y CRIOLLA, UNA Y UNA. PUEBLO Y CASTA, EN DOS BANDOS. LA DOLOROSA Y LA SOBERBIA, LA VIRILIDAD EN LOS RASCOS DE LA MISTRAL Y LA PURA FEMINEIDAD EN LOS SOMBREROS Y LAS ROPAS DE LA OCAMPO.

De alguna manera con la atención e interés que los europeos ponían sobre nuestras materias primas, nos estaban diciendo que ellas eran nuestra mejor carta de presentación, aunque en el ejercicio diplomático brillaran intelectuales, escritores y críticos americanos de toda laya.

Cuando Gabriela y Victoria se encuentran, ya han presentado combate y están en el cenit de sus realizaciones, andan por el mundo, se atreven a soñar la igualdad femenina en actos cotidianos, y son reconocidas una por buena y la otra por bella, aunque por delante tengan obra y voz, que no es esto lo que importa sino el modo en que tiene el

Sistema de aprovecharlas. Chile a través de las vicisitudes de sus funcionarios públicos no sabe qué hacer con Gabriela Mistral. ¿Jubilarla? ¿Darle una pensión? ¿O mejor mandarla a pasear con el pretexto de funciones de buena voluntad como embajadora de la cultura chilena? Y Argentina, por su parte, pareciera no reparar en las funciones de promotora de la Ocampo que, sin duda, beneficiaban asimismo su imagen cultural de puertas para afuera.

Y como la multifacética cara de esta América si una es de bronce, la otra lo es de porcelana, si una mira al mar, la otra a la montaña, si Gabriela india por parte de madre, Victoria patricia por madre y padre. Mestiza y criolla, una y una. Pueblo y casta, en dos bandos. La dolorosa y la soberbia, la virilidad en los rasgos de la Mistral y la pura femineidad en los sombreros y las ropas de la Ocampo. Signado todo ello por la naturaleza que hace ejercicio de posesión con la chilena, campo y árbol, más allá el cerro y después el mar. Más aquí con la argentina, la residencia en las metrópolis, la nostalgia por ser de París y de Nueva York, de Londres y Florencia.

La metáfora se multiplica, se retuerce, va y viene.

Ambas han relatado su encuentro muchas veces. Queda en mi memoria la primera interpelación de Gabriela a la Ocampo: “¡Por qué no ha frecuentado a Alfonsina Storni!”, lo cual significa por qué no la ha apoyado, y el reproche a la ausencia de una solidaridad que empieza por casa, es decir entre nosotras, según Gabriela.

Y una nueva diferencia o una nueva unidad como si ambas contuvieran en verdad la América íntegra. Gabriela se rodea de mujeres, dice mujeres, ayuda y protege a mujeres y a sus vidas. Así Rosa Chacel y Concha Michel, Victoria Kent y Laura Rodig, María de Maeztú, María Enriqueta, Palma Guillén, Teresa de la Parra, la misma Ocampo, Alfonsina Storni, y cuántas más. Mientras que la Victoria, es Victoria sobre hombres que caen rendidos a sus pies o viceversa, es ella la que se rinde y así Tagore, Camus, Malraux, Ortega y Gasset, Caillois, Lawrence, Waldo Frank, Drieu de la Rochelle, Alfonso Reyes...

Valga toda esta acumulación de paradigmas, íconos y emergentes, para doblegar el tema que me interesa, esa utopía de comienzos del siglo pasado nacida de la mano del cubano José Martí en el siglo XIX con su alegato

UNA A FUER DE TOZUDA GANA EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA, PRIMERA Y ÚNICA ESCRITORA LATINOAMERICANA EN OBTENERLO HASTA LA FECHA, Y LA OTRA FUNDA LA REVISTA Y LUEGO LA EDITORIAL SUR, PARADIGMA LITERARIO QUE NUNCA ANTES SE HABÍA SOSPECHADO EN MANOS DE MUJER Y CON LA CUAL EMBESTIRÁ AL ORGULLO DE LA MASCULINA INTELLECTUALIDAD ARGENTINA.

a la legitimidad del pueblo indio, y la metáfora feliz del uruguayo Enrique Rodó con su *Ariel* para rubricar la presencia no de un bárbaro americano sino de un espíritu agraciado por la potencia de sus sueños y sus creaciones.

Sin embargo, toda utopía se yergue sobre una llanura, esto es, exenta de problematización, la utopía requiere, como dice Beatriz Sarlo (1996: 35), personajes reconciliados. La bronca Gabriela, la del valle de Elquí, la tierra, y los frutos magros, y la sofisticada Victoria, la de las grandes urbes, París, Nueva York y Buenos Aires, adquieren así un perfil inigualable, he aquí, barbarie y civilización, no en franca oposición, sino reunidas, en la amistad de ambas, en su prolífico epistolario y en la red que tejieron a pesar de sus diferencias.

Por otra parte, ambas se realizan como creadoras en un ámbito nuevo, renovado, revoltoso, revuelto, y se aprovechan de tanta revoltura para hacer lo que ningún hombre había hecho en tierras del sur. Una a fuer de tozuda gana el Premio Nobel de literatura, primera y única escritora latinoamericana en obtenerlo hasta la fecha, y la otra funda la revista y luego la editorial *Sur*, paradigma literario que nunca antes se había sospechado en manos de mujer y con la cual embestirá al orgullo de la masculina intelectualidad argentina. Empresa que es la más rica en publicaciones y la de más larga vida en todo el universo literario de América Latina.

Pero hay que vislumbrar los fenómenos en términos históricos. Antes de tales acontecimientos cuyo eje es una mujer, con Martí y con Rodó la muchachada latinoamericana se había regocijado; la lucidez sin par de sus padres simbólicos, Altamirano, Bello, Echeverría, Sarmiento, Lastarria, los resarcía. De pronto asistieron a su renacimiento. Se validaba un mundo propio y cierto de este otro lado de Europa. Un mundo donde se puede legislar y reconocer la humanidad desde otros ángulos,

sesgada por la mezcolanza, esa presencia de indios y negros, gauchos y cholos, desarraigados y migrantes, desarraigados, de paso, sin techo fijo, sin aroma a suelo propio, esa caterva, ese aluvión de almas descosidas y huérfanas. Esa condición sin par de *ni blancos, ni españoles*, vaya a saber qué cosa a lo que se nombra así.

Henríquez Ureña en Santo Domingo se estremece: tiene veinte años, llevará las buenas nuevas cuando se traslade a México y en el seno del Ateneo de la Juventud recitará para la nueva generación el *Ariel* de Rodó y a Martí, exaltado. El segundo en contagio vital será Alfonso Reyes, y también Vasconcelos, he aquí que pudiéramos formar una nación larga y ancha que fuera desde los bordes del Río Bravo hasta la Patagonia.

La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere [...]. La inteligencia americana está más avezada al aire de la calle, entre nosotros, no hay, no puede haber torre de marfil [...]. Nace el escritor europeo en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una mentalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. [Y así] presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis [...] verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción (Reyes, 1936: 126-27).

El contagio prosigue de norte a sur y viceversa, mientras las voces nuevas dicen, acuñan, subrayan una nueva manera de decir América: Nuestra América. No

la de ellos, los europeos, la que inventaron a nuestro pesar, no la del norte de este mismo continente, haciéndose día a día sin reparar en el resto, es decir, nosotros. Una que tiene la misma lengua y los mismos modos, y si Brasil no, sin embargo tiene lo de la conquista, el despojo y la injusticia que es coincidencia mayor y más poderosa, según Gabriela y también Reyes. Así que circula esta complicidad, esta intención de mirarse de frontera a frontera, que no es frontera sino puente para nuestra América, la misma que se dará entre dos mujeres, que por fin lo vienen a pronunciar, esa Gabriela y aquella europeizada Victoria. Aprendizaje que le cuesta y que Mistral auspiciará a lo largo de una correspondencia de treinta años en que no cesará en su obsesión de hacer de la argentina un pedazo señero de esta América nuestra.

Pero así como estas mujeres pertenecen a diversos linajes, la una, de sangre aymará y vasca, cuyo mestizaje también la hace pobre y sin privilegios, se abre camino por la inteligencia americana perfilada por Alfonso Reyes más arriba, en ese andar por las veredas y los senderos donde pasa el campesino y el albañil; la otra, Victoria, a la que todo le ha sido concedido, no obstante por menor de edad, por creatura mitológica, por las fabulaciones de la imaginación masculina es relegada a la hora del concierto universal de los saberes, así esta América, la nuestra, en la misma época, todavía es recibida y honrada por fabulosa, de pura mitomanía, por callejera y portuaria, o por rica y paisajera con cataratas y cordilleras, lagos sin fondo donde se hundén los hombres para siempre y lagunas como la Iberá donde moran reptiles antediluvianos y monstruos a la manera de gárgolas medievales. De manera que, más a causa de todo aquello que por el pensamiento diverso en que ha venido a dar, se la estudia siempre, o casi siempre, como una rareza seductora antes que por la ingente riqueza espiritual de sus pueblos heterogéneos y oscuros. Y si los intelectuales como Ortega y Gasset se asientan en nuestras tierras es para ser admirados y hacerse querer, disfrutar a sus anchas de nuestra generosidad y darnos cátedra a la hora del pensamiento y el lenguaje. Que no está mal que nos dieran cátedra, lo que está mal es que no fuéramos sus verdaderos interlocutores sino aprendices difíciles o inextricables. Vale para

demostrarlo las consideraciones de Paul Valéry a la hora de leer a la Mistral para hacer el prólogo de la versión francesa de su obra.

Nadie, sin duda, parecerá menos calificado que yo para presentar al lector una obra tan distante como esta de los gustos, ideales y hábitos que se me conocen en materia de poesía. Lo que he dicho y vuelto a decir sobre este tema, lo que he podido hacer, las condiciones que he creído de mi deber imponerme, los ensayos que he publicado, todos ellos frutos de un espíritu nutrido por la más vieja tradición literaria europea, parecen designarme lo menos del mundo para apreciar una producción esencialmente natural, abierta más allá del océano, por el solo llamado, choque o designio de lo que es. [...]

Habría muchos otros aspectos que intentar definir en la obra que he llamado extraña y verdadera. Pero me detendré aquí sobre una reflexión que me viene y que me compromete a explicar lo mejor posible lo que llamaré la importancia actual de esta obra. Es evidente que ella debe muy poco a la tradición literaria europea. Es autóctona, pero está escrita en una de las lenguas de nuestro continente que grande y magníficamente han participado en la constitución del capital de las obras maestras de Europa. (“Gabriela Mistral por Paul Valéry”, en *Atenea*, 2009)

Prólogo que, por cierto, Gabriela Mistral recusará.

También Gabriela y Victoria fabulan, sueñan, idealizan, pero de otra manera. Sin advertir que en su intercambio epistolar tan cómplice late un organismo desgarrado, una América partida en dos, la de la Cordillera y la del litoral, la de la urbe y la de la pampa, el cerro o el desierto, el trópico y las nieves eternas del Lanín. Partición que aún permanece en nuestros días. La aristócrata de la vieja casona patricia de San Isidro, casa en la que pudo vivir hasta sus últimos días, y la maestra del Valle de Elqui con su gente humilde y ocre y su casa caída en el suelo, tal como la encontraron sus ojos en el último regreso a Chile.

Y del mismo modo que nuestra América, que para serlo en muchas ocasiones se vistió de lujo renegando de sus voces más auténticas como la de Roberto Arlt,

encumbrando sólo el lenguaje sin par de Borges; tal como alguna vez lo apuntara Ricardo Piglia (2005), estas mujeres usaron las estrategias del disimulo, el dinero o la humildad, para hacerse aceptar.

Rareza sin igual destino de mujer creadora, destino de América Latina.

Pero hay algo más que deja de igualarlas para producir el hiato y quizás la revelación de alguna de nuestras posibles derrotas. Porque entre tantas contradicciones vino a darse que Nuestra América tenía diversas resonancias para unos y para otros, también para Gabriela y para Victoria. La olímpica argentina aceptó los fogosos análisis de Henríquez Ureña pero pronto les puso coto. A él mismo se le redujo a maestro de bachillerato en alguna oscura escuela de La Plata camino a la cual murió una tarde en que muy pocos advirtieron la desaparición del insigne dominicano, responsable feliz de uno de los itinerarios más fértiles de nuestras americanidades: de Santo Domingo a Estados Unidos y luego a México, a Perú, a Argentina, y autor de la obra *La utopía de América*. Un indicio que marcaba las limitaciones de la proclamación de Nuestra América. Sí lo era, pero muy diversa para unos y para otros. Del mismo modo que la utopía femenina de igualdad humana íntegra entre hombres y mujeres nunca se ha alcanzado aún. En cada opinión acerca de cada cosa que se discute políticamente, se trate del juicio a una violación o de las horas de trabajo, existe una sanción que no nos pertenece.

Así, el quiebre que ya se daba entre Gabriela y Victoria fue acentuándose cada vez más cuando las influencias de Alfonso Reyes y Ureña fueron superadas por las de Waldo Frank, el estadounidense que insistía en aquella misma utopía pero con otros acentos. Tan amigo de Victoria que los estudiosos de la revista *Sur* tienen más presente su influencia que la de Reyes. Tan ecuménico que nunca quiso reparar en que Nuestra América se refería a una parte del continente y no a todo. De tal modo que ante los aprestos bélicos del nazismo en ascenso, poco a poco, la idea primera fue transformándose en la defensa de un continente entero y a la postre, cuando Victoria cante *Nuestra América* cantará asimismo la presencia de los aliados en Europa y cantará su triunfo. No esa inmensa masa roja, verde, naranja, marrón, oscura y clara, de gente heterogénea y quebrada por las diferencias políticas y económicas.

Gabriela y Victoria, ¿repararán en ello? Quién sabe. Siguiéron cruzándose bellas cartas solidarias en donde sus intereses por el bien común, la cuestión femenina, la paz y la escritura, las hermanaban. Quizás la más lúcida, aquella que en el fondo vislumbrara la tremenda división de la América y de su propia amistad con Victoria, fuera Gabriela. Muchas frases, dichos, exclamaciones, en su correspondencia con la argentina, lo proclaman. Y quizás estas frases delaten mejor las hendiduras, no sólo entrabamos, sino entre todos los que conformamos esta tierra de tantas esperanzas frustradas.

Reclama Gabriela a su amiga:

Victoria no conocerá jamás un pueblo mientras NO LO CONVIVA¹ y lo conviva como pobre, lo cual no es posible. (Horan y Meyer, 2007: 128)

Tú crees, Votoya, con un criterio absolutamente literario, que un país vive y muere por su élite, que por ella se salva o se pierde, no hay tal. Un país vive por su hombre medio. Cuando este se le pudre el país se viene de bruces. (128)

Pero es otra cosa creer que, por el hecho de hacer libros más o menos buenos, los franceses tienen derecho a tirar al diablo toda decencia, a perseguir al judío y al español sólo un poco menos que Hitler y a olvidar el ABC del decoro, ese decoro que conservan las tribus mis amigas de las que salí... (128)

En ese aleteo de las últimas palabras de la Mistral están las interrogantes acerca de nuestra propia identidad: “Las tribus mis amigas de las que salí...”

Ha llegado el momento de hacer una primera recapitulación.

He querido ver en Gabriela y Victoria una instancia, formada entrabamos, que diera cuenta de nuestras marcas identitarias hechas de contradicciones, golpes y contragolpes, oposiciones que suenan a veces como definitivamente irreconciliables. Porque en tanto mujer o en tanto bárbaro o indio o mestizo, hay una voz que no se permite ejercer, es decir hay un silencio

1 N. de la A. Las mayúsculas son de Gabriela Mistral.

flagrante, y de otro modo si no hay silencio, hay remedo, hay contorsiones y simulacro, hay uno que dice por mí, que no soy yo, por eso o el silencio o la simulación como una suerte de esquizofrenia, diría Grínor Rojo (1997) en su magnífico trabajo sobre Gabriela Mistral.

Sin embargo, si es cierto que ni una ni otra, lo cual es obvio, realizan esta identidad partida enteramente en la medida que fluctúan de la verdad al simulacro y viceversa, tampoco una y otra juntas, la contienen por entero. Entonces tomo de manera tangente lo que Lacan expresara para calificar lo femenino. Dice Lacan “una verdadera mujer no es una madre, una verdadera mujer es aquella que no tiene y hace con ese no tener, algo” (en Mattalia, 2003). Es el mejor modo que he encontrado para poner al descubierto con fragancia que el *todo* central y blanco creado por el discurso masculino y ejercido en nuestro continente, nunca nos bastó. Los cuestionamientos femeninos han sido conscientes de ello. Tanto Mistral como Ocampo lo saben aunque más no sea a fuerza de intuición. En ellas el *todo* es abolido, por eso pueden ser socialistas o católicas o liberales o agnósticas o todo junto, sin serlo por completo. Por eso sus vidas remiten a cada vida femenina. Y asimismo por eso es que en esta quebradura deviene la salvaguarda donde el reconocimiento a las diversidades y la aceptación de la heterogeneidad plantan sus banderas. Incluso entre ellas mismas.

Y por fin termino por completar la metáfora cuando tomo la proposición lacaniana y la aplico a América, nuestra América. Quizás

la verdadera América es no toda, como la mujer no toda de Lacan, es decir no América Latina sino *una* América que no tiene y hace con ese no tener, algo. Tal cual lo vislumbrara Alfonso Reyes en sus notas sobre la inteligencia americana. Y esa es Nuestra América, la de cada uno, y no obstante, *advocativamente nuestra*, sesgada por nuestro propio no todo.

Así, el *todo* lleva una fractura, donde por oposición a lo que pudiera pensarse el quiebre es la posibilidad de atisbar una zona abierta. El no *todo* es devenir, es río que fluye tal como lo diseñara para siempre en

AMÉRICA, LA NUESTRA, CONJUGA UN NO TENER Y CON ESE NO TENER, HACE ALGO, MIENTRAS FLUYE INALCANZABLE PARA QUIENES QUIEREN HACER DE ELLA UNA AMÉRICA TODA.

nuestras conciencias, el filósofo griego. Esa mujer devenir, esa mujer que no es siendo, esa mujer agua que corre siempre otra, y otra y otra, del mismo modo que América, la nuestra, conjuga un no tener y con ese no tener, hace algo, mientras fluye inalcanzable para

quienes quieren hacer de ella una América toda.

Ambas proposiciones derriban a la mujer creada desde el ojo masculino, de igual manera que echa por tierra la América inventada por el mismo ojo domesticado en los absolutos, que pretende el *todo*, abarcarlo *todo*, ser *todo*. ☞

Referencias

- “Gabriela Mistral por Paul Valéry”, en *Atenea* n. 500 (2009). Consultado en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622009000200016&script=sci_arttext
- Horan, Elizabeth y Doris Meyer (comp.) (2007). *Esta América Nuestra. Correspondencia Gabriela Mistral, Victoria Ocampo. 1926-1956*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Mattalia, Sonia (2003). *Máscaras suele vestir. Pasión y revuelta: escrituras de mujeres en América Latina*. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- Molloy, Silvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Reyes, Alfonso (1936). “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Revista Sur* n. 1. Buenos Aires.
- Rojo, Grínor (1997). *Dirán que está en la gloria... (Mistral)*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica
- Sarlo, Beatriz (1996). “Oralidad y lenguas extranjeras: el conflicto en la literatura argentina en el primer tercio del siglo XX”, en *Orbis tertius*, año 1 n. 1. Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata.

